

PRESENTACION CATEQUISTICA DE MARIA

Para presentar el ser y la misión de María a la juventud de hoy deben tenerse en cuenta diversos aspectos: la necesaria fidelidad a la verdad, ante todo; el modo de llevar a la vida esa creencia; y la diversa receptividad del sujeto que recibe la enseñanza.

INTRODUCCION

El tema elegido para estas páginas podría ser recibido como uno más de los ecos que en el campo de la pastoral va teniendo el resurgir actual de la teología mariana. No precisan nuestros lectores de datos que les informen sobre el auge recientemente experimentado por lo que podíamos llamar «movimiento mariano», en los estudios, las cátedras, los congresos, la bibliografía y en la vida cristiana sobre todo.

Pero ya que el catequista, sobre todo el hispánico, ha dado siempre tanto espacio a María en sus exposiciones, exhortaciones, consejos y vida personal, estas líneas parecerían inútiles si no redujeran su empeño a ilustrar más el tema en su *conjunto* y a aportar *sugerencias* capaces de mejorarnos: ese progreso siempre es posible.

Bien es verdad que el mundo, incluso el mundo católico, ofrece aquí y allá variantes que no se acomodan tanto a lo que acabamos de decir. Hay regiones enteras en las que el movimiento bíblico, litúrgico y aun catequístico han arraigado poderosamente, pero en las que parece que «lo mariano» no logra el puesto que le corresponde. ¿Táctica?, ¿olvido?, ¿criterio «formado»? Estas páginas no van para

ellos; hay que librarles la batalla en el campo teológico; aún así, podrían encontrar aquí alguna directriz válida.

La presentación de María a nuestra juventud debe forzosamente tener en cuenta los diversos estados del sujeto que la recibe; trataremos de hacerlo, pero considerando los casos más normales de nuestra juventud, nacida y crecida en ambiente católico. Para otros ambientes, para auditorios excepcionales, incluso lo más específico para jóvenes creditas, lo dejaremos de lado, para no alargar demasiado el trabajo.

I.—LA VERDAD QUE HA DE EXPONERSE

1. El catequista debe ALIMENTAR Y ESTIMULAR LA FE CON LA INSTRUCCIÓN. María no es un concepto, ni siquiera una realidad adjetiva, sino una persona: persona histórica, realísima, espléndida, sobrenatural. Realísima, con la realidad de una mujer, esposa y madre. Espléndida, porque su unión con Jesús y el plan maravilloso de Dios sobre Ella la ha colmado de dones únicos. Sobrenatural, porque es Madre de Dios, y las relaciones que con nosotros tiene son de orden sobrenatural.

Estas sencillas frases, resumen de doctrina bien conocida, nos dicen que María es uno de los elementos capitales de la Revelación: *María es, pues, objeto de fe*. Hay que creer en María porque Dios nos ha revelado a María. No se trata de acercarnos a un ser histórico lleno de simpatía, ni a una criatura que nuestra fantasía puede embellecer con adornos verdaderos o ficticios; ni siquiera somos libres de aceptarla o no: hay que creer.

No lo olvide nunca el catequista: sus instrucciones sobre María tienen que alimentar la virtud de la fe en el catequizando. Será, pues, normal que el catequista acuda, para estudiar a María y para exponer la verdad sobre Ella, a las fuentes de la Revelación; no a piadosas leyendas, ni a imaginación, ni «per se» a revelaciones privadas. Y recordará que aquí, como siempre que se habla de fe, hay una autoridad normativa, que puede guiar su doctrina, su enseñanza y hasta sus métodos: el Magisterio, único depositario de la Revelación, único que posee la verdad total sobre María.

2. USO DE LAS FUENTES DE LA REVELACIÓN. No ya para la instrucción del propio catequista: esto lo suponemos realizado, sino al exponer la verdad mariana a sus catequizandos.

La BIBLIA, *analíticamente*, ofrece cierto número de pasajes de alto interés. No son muchos. Pero con ayuda de la Tradición («Ecce Mater tua»), del Magisterio a veces (la Mujer del Apocalipsis) y de la teología, se puede exponer toda la mariología a partir de ellos. Además de los pasajes del Nuevo Testamento, el catequista tiene que saber acudir a las profecías del Antiguo (del Protoevangelio a Isaías y Miqueas). Más aún: guiado por la liturgia, tendrá que saber usar de los pasajes bíblicos que ésta emplea, revelándonos así una dimensión nueva encerrada en la Biblia (figuras del Cantar, de Judit, de la Sabiduría).

Pero no basta el análisis. La Biblia da una *síntesis* que realza el valor de los diversos elementos desperdigados. María, en esa síntesis bíblica, está en el gozne de los dos Testamentos: resumen de la expectación del mundo antiguo; virgen fecunda que alumbró con Jesús la nueva y última era de la Historia; ser maravilloso profundamente inserto en la Iglesia, en la humanidad, en la obra redentora total.

Los testigos de la TRADICION son menos fáciles de manejar, generalmente por falta de tiempo. Por fortuna, buenas colecciones de *textos patristicos* y, mejor, ciertos tratados mariológicos, le ofrecerán en ocasiones materia apta: una página de San Bernardo, de San Buenaventura, de San Andrés de Creta...; una serie de citas sobre la Realeza...

La *liturgia*, por su parte, es también testimonio vivo de la Tradición. Y queda más al alcance del catequista y de sus niños. Las fórmulas son más claras, están juntas las relativas a un aspecto de la inmensa personalidad de María, y, sobre todo, vuelven con la periodicidad del año litúrgico: el catequista ve así en el uso de la liturgia mariana como una garantía de que más tarde el misal, el simple calendario, van a refrescar continuamente la doctrina mariana que ahora están asimilando los discípulos.

El MAGISTERIO, que siempre dice la última palabra, la más auténtica, aquí es de importancia e interés excepcional. El ha concretado en dogmas de fe cuatro de los aspectos capitales de María; él ha refrendado interpretaciones de no pocos pasajes bíblicos, cuyo profundo sentido era lentamente desentrañado por la Tradición y el «sensus fidei»; el Magisterio, hoy sobre todo, y relativamente a cues-

tiones de vivo interés, como la Corredención, ha hablado con meridiania claridad, e incluso sin esperar a la clásica unanimidad moral entre teólogos que aún no se ha logrado.

Anotemos que es más bien raro que los catequistas usen de los documentos marianos recientemente promulgados por los Papas. Hoy existen colecciones adecuadas (la Colección de la BAC, por H. MARÍN, es estupenda), y tal descuido sólo se explicaría por cierta inconsistencia de los propios estudios sobre teología mariana.

En fin, el catequista acudirá a la *Teología*. Ella le ofrecerá esquemas sistemáticos, resúmenes teológicos, profundización en el misterio de María, elementos todos de mucho valor para que la renovada exposición de la catequesis de María no derive a repeticiones monótonas, ni quede en las solas frases dogmáticas. En mariología, quizá más que en otros temas catequísticos, la teología puede permitir al catequista exposiciones cada vez más profundas, amplias, renovadas...

Todos los catequistas han hablado a sus alumnos de las *apariciones* marianas de los últimos ciento cincuenta años. No son fuente de la Revelación, ni hay obligación de prestarles fe, aun después de las declaraciones (negativas, no preceptivas) de la Iglesia. Pero para el catequista, el hecho de tales intervenciones extraordinarias de María es elemento de gran valor, ya que, si siempre ha habido apariciones marianas, las de los últimos tiempos parece que poseen especiales características: mensaje explícito, oportunidad histórica, significado profundo, intervención de la Jerarquía. Se puede decir que esas apariciones se dirigen a la Iglesia, no a tal o cual vidente: en ellas se transmite un mensaje a toda la asamblea de los pastores y fieles. Es justo, pues, que el catequista les preste la debida atención.

3. LA FIGURA DOGMÁTICA DE MARÍA. A) La catequesis debe exponer armónicamente todo lo que se ha de creer. Pero acaso no hay siempre *jerarquización* de valores entre las verdades particulares de la gran verdad que es María. Así, no convendrá tomar como síntesis adecuada de la mariología los cuatro dogmas que la Iglesia ha definido. La Inmaculada Concepción, por ejemplo, no es elemento «constitutivo» del ser sobrenatural de María. Ni siquiera el enunciado estricto del dogma en cuestión (forma negativa: exclusión del pecado) abarca toda la grandeza que encierra la Purísima Concepción de María. No significa esto apartarse del Magisterio, sino comprender

las circunstancias históricas que han conducido a las definiciones concretas.

Importa, pues, mucho que la figura de María que el catequista ofrezca llegue a sintetizarse en la mente de los discípulos con sus notas esenciales. Esa síntesis se puede resumir en esta frase: *María, Madre del Dios redentor*. (No quiere la frase intervenir en la discusión sobre la unicidad del principio fundamental en mariología; es solo para dar una fórmula unitaria que lo abrace todo.)

Esa síntesis necesitará se insista en tres puntos cardinales, que permitan entenderlo plenamente: 1.º, que María está en el centro del mismo misterio de Cristo, por ser Madre suya, y precisamente en cuanto Redentor; 2.º, que María todo lo debe a los maravillosos designios de la libérrima voluntad de Dios: es así y está tan alta solo porque Dios la quiso tal; 3.º, solo existe para ser Madre de Dios, y solo es Madre de Dios para colaborar con El en la obra redentora, con lo que su misma maternidad divina es ya corredentora.

Estas afirmaciones son el resumen de la Revelación fundamental de Dios sobre María, y las que hemos querido dar sintetizadas en la frase subrayada líneas arriba. Y tales asertos, acertada e insistentemente puestos ante las almas de los catequizandos, podrán darles idea de la clave del misterio de María. Lo demás vendrá luego, sin esfuerzo, como consecuencia normal o como exigencia previa.

B) *Así iluminado el misterio*, es normal mostrar a María como elevada incluso en lo que tiene de ser natural, para poder así alumbrar al mismo Dios. Evítese toda presentación que reduzca su actividad en la Encarnación al mínimo posible, a la simple aceptación pasiva de la gestación; iría contra la lógica de Dios en su obra, y en su Revelación a nosotros.

Y, consiguientemente, hemos de mostrar a María en un orden único, junto a Cristo y muy por encima de nosotros en cuanto a su ser. Pero muy cerca por su amor, porque el plan redentor que hace de Jesús nuestra Cabeza (nuestro Padre: expresión plenamente lícita), le hace a Ella nuestra Madre. Maternidad ésta que abarca la mediación intercesora, como elemento más general y poco concreto; la cooperación inmediata a nuestra redención objetiva, como elemento el más próximo a nuestra generación sobrenatural; y la distribución de todas las gracias a cada alma de manera inefable, que es la actuación constante de la maternidad más verdadera y eficaz.

Sin olvidar nunca su subordinación a Cristo y la contingencia

original de su grandeza, hay que presentarla como «Madre de todos los miembros del Cuerpo Místico» (Pío XII). Madre de la Iglesia, y, por lo mismo, superior a ella.

La santidad casi infinita de María será como exigencia de la misión a que Dios le preparaba o como consecuencia de la comunicación extremada de la Encarnación. La virginidad perpetua o su inmaculada pureza, e incluso su gloriosa ascensión, no pasarán de *lógica consecuencia*.

C) El catequista enterado de las *discusiones teológicas* puede sentirse incómodo para tratar ciertos temas ante los alumnos. ¿Debe tomar posiciones cuando las cosas están todavía en plena discusión? La respuesta parece nítida: el catequista tiene la misión de transmitir la doctrina de la Iglesia, no la de los teólogos. Usará de las opiniones de éstos cuando por su unanimidad se puede decir que están al menos implícitamente aceptadas por la Iglesia, si no ya explícitamente. De intento, pues, no parece que éste deba asumir la función de teólogo en sus horas de catequesis. (Con alumnos mayores, ya sea a preguntas suyas, ya, mejor, en conferencias extraordinarias, podría explayar largamente —no con precipitación poco seria— algún punto debatido.)

Hay, sin embargo, temas que no deberían discutirse, *dado el arraigo que tienen en la Tradición*; y el hecho de que los teólogos modernos, después de siglos de pacífica posesión, los hayan sacado a pública palestra no parece razón suficiente para que se consideren debilitados. En concreto, nos permitimos estas conclusiones explícitas: debe exponerse la Corredención de María en el sentido de cooperación activa a la misma obra redentora. Hay que mantener la expresión «Madre de la Iglesia» con preferencia a cualquier otra (del mismo signo, como «Cabeza secundaria», o, sobre todo, de diferente signo). Hay que afirmar el hecho de la muerte de María (sin que ello contradiga al don de la inmortalidad): este punto debe presentarse según los datos de la Tradición, dejando para último lugar las posibles razones teológicas (asimilación a su Hijo, valor corredentor). En fin, debe mantenerse la afirmación de la voluntad de virginidad en María, que se manifiesta en el diálogo con el ángel.

Por el contrario, habría de omitirse lo relativo al débito, al mérito de condigno, al don de la visión beatífica transeúnte, a la posesión de ciertos dones concretos... Temas éstos que, por otra parte, distraen del objeto central de nuestra fe en el misterio de María.

Precisamente si se omite la visión central y unitaria, internándose uno por senderos aparentemente desvinculados de lo esencial, es cuando el catequista tropieza con dificultades, acude a exageraciones, a doctrinas peregrinas, a lucubraciones quizá propias y poco garantizadas¹.

D) La misma santidad de María tropieza a veces con la *dificultad* de que no se alcanza a ver heroísmo en sus virtudes, que, al parecer, fueron de fácil adquisición y posesión. Es frecuente eludir la dificultad acudiendo al Calvario o a la fe heroica de María en circunstancias especiales. No se necesitan escapatorias. Empecemos por mostrar qué es la santidad y cómo no es sinónimo de dificultad, sino de amor y entrega a Dios. Y entonces el «fiat» renovado por María a cada instante con toda la potencia de amor de que en cada instante era capaz (sin disminuir una milésima) se verá como lo esencial de su santidad; santidad que necesariamente aparecerá a incommensurable distancia de nuestra debilísima fidelidad y amor.

Y, en fin, el último aspecto doctrinal y catequístico de ese profundo y sintético misterio de María. También en Ella, como en Jesús, Dios ha querido desarrollar el *tipo ideal* de lo que había de ser el hombre. Su maternidad virginal, además de la gracia que supone en María, además de embellecerla a nuestra vista de hijos suyos, es trasluz indicador de lo que Dios desea del hombre, un ideal al que cada alma ha de tender según su vocación personal. Así, su immaculada concepción y su vida entera son ejemplo de nuestra vida; su asunción, tipo de nuestra resurrección; la corredención mariana, estímulo de nuestro empuje misionero, etc.

¹ Defecto éste ya clásico en catequistas y predicadores, que deforman la realidad de María por querer indiscretamente llevar el agua a su molino, al tema que se quiere encomiar. He aquí dos ejemplos:

Hemos oído afirmar que María hubiera negado su «fiat» al ángel, a Dios, cuando le propuso la Encarnación, si ésta se hubiera realizado sin el milagro de la virginidad. Ya se ve a dónde va el predicador, pero se trata de un error de visión teológica que invierte los valores; y además, de error de visión catequística, porque el hecho real (no la suposición) de que Dios haya querido la integridad virginal de María es el mejor argumento en favor del aprecio que tiene de la virginidad; sin necesidad de acudir para ello a suposiciones de ningún género.

Y hemos leído el apóstrofe oratorio del predicador que aseguraba que, a falta de verdugos para matar a Jesús, Ella misma hubiera consumado... ¡¡el deicidio!! ¡Cuánto más espléndido y hasta emocionante —además de verdadero— es ver en María la unión de sentimientos a la víctima del Calvario, a cuyo lado «stabat», y su sacrificio y «renuncia de los derechos maternos»! (Benedicto XV y Pío XII).

¿Logramos como catequistas exponer esta imagen de María? ¿Lo buscamos siempre? Hay catequistas que cifran el objetivo de su lección en «completar» con datos históricos, geográficos, anecdóticos, los pocos que proporciona el Evangelio. Están satisfechos cuando con un gráfico, unas preguntitas y el cuaderno de religión han dado una sesión interesante, amena, activa, coronada por fervorosa avemaría. Líbrenos Dios de criticar uno solo de tales procedimientos; pero sí condenamos el que se los convierta en fin y el ilusionarse viendo «culminar» en ello la catequesis de María.

¿Presentamos a nuestros catequizandos la figura histórica y anecdótica de María, o más bien la figura dogmática y «credenda» de María? Con nuestra catequesis, ¿consigue el alumno superar aquélla con ésta, volcar en ésta su fe y entretener siempre más ardiente el pábilo de su devoción dogmática?

En esta pregunta está la clave de toda nuestra catequesis mariana.

Así, María, única, predestinada con Cristo antes que toda criatura, y atraente por su ser y sus relaciones maternas con nosotros, debe necesariamente arrastrar el corazón del niño, del joven, del hombre, a lo largo de toda la vida.

II.—LA VIDA QUE DEBE SER ESTIMULADA

A la Revelación de Dios corresponde la fe en el alma fiel. *La formalidad de esa fe* reside en el «obsequium mentis» ante la palabra de Dios que revela autoritativamente. Pero las verdades reveladas no son solo para ser admitidas intelectualmente. La fe no puede cerrarse en su «formalidad»: por necesidad vital tiene que volcarse en la vida y, lógicamente, arrastrarla entera.

Así ha de ser con la verdad de María. Dios no nos la ha dado solo para exigirnos el homenaje de nuestra razón al creer en ese ser casi divino porque así nos lo ha revelado El. Quiere más: quiere que la vida del cristiano vibre en cada momento al ritmo de una convicción íntima, que pronuncie en cada momento toda la verdad que se cree. Eso es la plenitud de la fe viva.

El catequista tiene que procurar llegar ahí. Ya lo hace: el tema de María tiene unos matices tan particulares, que hacen esta parte del esfuerzo más fácil quizá que otros temas. Dios es Padre, Jesús es Salvador; pero Jesús entra por los ojos, por los oídos, por toda nuestra corporeidad... Así pasa con María, y, además, Ella, por querer de Dios, es Madre nuestra.

No obstante, en la facilidad está quizá el peligro. Acaso nos contentamos con producir en la infancia unos cuantos sentimientos tiernos, aunque sinceros. Pero, ¿son sentimiento solo o son resplandor de la fe viva? La respuesta nos la dará la vida: ¿qué sucede al crecer?, ¿se abandonan esas prácticas?, ¿se las considera cosa de niños o, a lo más, de mujeres...? Pensemos un poco en ello.

En términos generales, se suele decir que el catequista ha de inculcar la devoción a María. Precisa, pues, saber exactamente qué sea *devoción*.

Santo Tomás la coloca entre los actos de la virtud de religión (II-II, q. 82, a. 1). La religión como virtud está por encima de las virtudes morales y brota de las teologales que en ella encuentran el mejor terreno para crecer y expansionarse.

La devoción consiste esencialmente en la disposición permanente, viril, decidida, de darse del todo a lo que mira al servicio de Dios. Tratándose de María —una de las facetas del único misterio de Dios y Cristo—, devoción será la misma disposición de darse enteramente a cuanto mira al servicio de María. Es la reacción normal en quien ha asimilado por la fe toda la verdad que es María, y que Dios nos ha querido revelar.

Este sentido de la palabra no corresponde al que tiene cuando se habla de devoción al Sagrado Corazón, a San José, a la Virgen del Pilar... Pero la palabra puede seguir usándose en ambos sentidos, ya que este segundo (devociones) no tendrá valor verdadero si no es un aspecto de la devoción en el sentido explicado.

Bien se ve que la devoción, rectamente entendida, empeña la vida entera, y difiere de tales o cuales manifestaciones, rectas o falsas, con que a veces la confunde el catequizando y el simple fiel.

La devoción en concreto mueve al *culto*. Y culto de María es más ancho que una novena y más profundo que el homenaje piadoso del mes de mayo. Culto es, ante todo, imitación de María, porque se la ama; culto es oración, porque en ella se confía; culto es entrega ilimitada a María, como rasgo definitivo de amor y confianza.

Mientras nuestra catequesis no arrastre a la imitación sincera de María, a la verdadera oración a María, no alcanza su objeto. La verdad expuesta no ha penetrado bastante, la fe es aún débil. Pero si se consigue, habrá en el alma cierta entrega inicial a María, madre espiritual, que con el crecimiento de la fe llevará a la esclavitud más real y amorosa, al estado del que vive permanentemente sumergido en el mar sin orillas que es María.

Y para ello, no tenga miedo el catequista a ser tildado de maximalista. María es el camino necesario, seguro, corto, hasta relativamente fácil, para alcanzar a vivir como Jesús en el perpetuo «complacer al Padre». No escuche la objeción de que la devoción mariana oscurece a Jesús, ni tema presentar este camino real «opportune et

importune» (sin violentar la sicología —como diremos luego—, ni mucho menos la verdad —como hemos dicho ya—).

Añadamos que la adolescencia ofrece una oportunidad excelente. El muchacho claramente ilustrado sobre este dogma, si corresponde con docilidad a la gracia que lo solicita, puede fundar en la devoción a María toda su futura vida cristiana con particular facilidad, y, si Dios lo quiere, hasta el alcázar de su santidad.

No obstante, hay que denunciar cierta mentalidad moderna que puede alcanzar a nuestros adolescentes, y que de hecho alcanza ya a nuestros jóvenes. La devoción a María —dicen— no viriliza, forma almas blandas, ineptas para la lucha y las grandes empresas, es cosa de mujeres.

Ahora que la vida oficial, política, económica, social, científica, se mueve cada vez más en una esfera que quiere prescindir de Dios, la vía mariana podría permitir a nuestros jóvenes afrontar ese mundo con la seguridad de seguir encarrilados en la fe verdadera, combativa y conquistadora; pero he aquí que, precisamente ahora, María comienza a ser rodeada de incienso, claveles, cendales, mujeres, niños..., y no parece que a su lado quede ya lugar para un soldado de la fe.

Examinemos un poco si esa tendencia encuentra algún fundamento en la presentación de María que los alumnos oyen de nuestros labios. Puede ser que sí. Es el momento de reflexionar sobre lo que llevamos dicho hasta aquí. Acaso habría que revisar un poco la novena a la Inmaculada, el mes de mayo, los cantos, las mismas imágenes o estampas de María que caen ante los ojos de nuestros alumnos; y, desde luego, nuestra vida personal, en la cual advertirán o no la virilidad de la devoción a María.

Pero de todos modos, con culpa o sin ella, hay que reaccionar contra lo que se respira fuera del colegio y preparar al catequizando para enfrentarse con ello. Pero esto pide que consideremos más al pormenor la presentación de la figura de María según las diversas edades.

III.—MODO DE PRESENTACION DE LA DOCTRINA

A) EN TODAS LAS EDADES, y supuesta la doctrina exacta, el catequista tiene que preocuparse por hacer ver que María es *real* y *actualísima*.

Es necesario que las almas entiendan que la realidad de María ni ha cambiado ni está lejos de nosotros. Vivió en nuestro planeta en una época ya lejana, como la humilde esposa de un artesano. Externamente no lucieron las grandezas que ahora le atribuye nuestra fe; los contemporáneos las desconocieron, pero las poseyó, aunque por designio divino habían de permanecer ocultas, como lo hizo Jesús casi toda su vida. *Esa misma persona* es la que hoy, fuera ya del espacio y del tiempo, y en la plenitud de una visión beatífica inalcanzable e incommunicable, es nuestra Madre.

Pero si está en el cielo, actúa aquí y ahora. Ella misma quiere comunicarnos su ilimitada perfección, aunque a nuestra medida. ¡Que su trascendencia nunca llegue a producir impresión de lejanía! : esa trascendencia es *presencia que nos envuelve* y empapa. Con María —a veces diríamos que solo con María— logramos dar sentido a nuestra vida entera, sobre todo a las realidades que nos hieren, hostigan y punzan.

Mirándola logra sentido nuestra condición de *criatura*. Ella lo fue y lo es. Y vivió como tal. De ahí su «fiat», su «ecce ancilla», su convicción de que todo cuanto tenía era no merecido, sino regalado por Dios.

Con Ella cobra sentido la *vida*, cuya única dirección es hacia el cielo. Sin dos vidas, ni dos caras, ni dos conductas...

En Ella se explica el *dolor*. Cada hora planteaba a María un dolor trágico. Ella, la Madre, sabía lo que esperaba a Jesús y lo supo violentamente cuando Jesús lo padeció. Pero sufría por amor...

En María encuentra sentido la *familia*, la maternidad, la castidad, la obediencia, el amor humano. A la luz del misterio de María, es evidente que la materia no es mala, ni la carne, ni el amor humano; que la gracia no destruye la naturaleza. A su vista, es posible y tiene sentido tanto el amor conyugal castísimo como la virginidad más esplendorosa...

El *apóstol*, el más combativo, tiene en María el modelo acabado. María es victoriosa en sus batallas, figuradas en el Protoevangelio, en Judit, en el Apocalipsis; realizadas en Belén, en Hebrón, en Nazaret, en el Calvario, en Pentecostés, en cada triunfo de la Iglesia (apariciones, conversiones, santos, fundaciones, vocaciones...). Y lo es porque está unida a Dios: ésa es su gran lección de actualidad para el apóstol; no hay apostolado fecundo ni verdadero si no se realiza así. Regina apostolorum, «Madre y Maestra de los apóstoles» (Pío XII, *Sedes Sapientiae*).

Más aún; el *seglar*, empeñado en encauzar al mundo por esos surcos que permitan la «consecratio mundi», ha de mirar a María, de quien se ha dicho que «fue para la civilización occidental lo que la dinamo a la era técnica» (Sergent). No piensan ya los católicos en devolver el cetro a la que fue «Emperatriz de la Edad Media», y eso a pesar de que bien claro es que la nueva era histórica ha de estar matizada de marianismo, a juzgar por las intervenciones marianas durante el siglo de su gestación.

B) Pero esta doctrina, con las cualidades y condiciones referidas, debe *adaptarse* por fuerza a la *edad* del que la recibe.

1. *Miremos un poco al niño.*

a) La capacidad receptiva y retentiva de la niñez, así como su escaso desarrollo para captar síntesis, recomiendan que el catequista aproveche esta edad para comunicar el máximo de *nociones* y *datos* sobre María: la historia evangélica, con todos sus episodios y ambientación, las figuras bíblicas, aun las profecías, pueden ser asimiladas por la memoria del niño, y así preparar para más tarde los elementos de la síntesis teológica.

Hay una serie de fórmulas y nombres que aquí se retienen con facilidad y que con la edad irán desentrañándose. Cuidese mucho de que sean exactas, y evítese deformarlas so pretexto de facilitar su comprensión. Por ejemplo, sería gravísimo que el niño llegara a concebir la misericordia de María como opuesta a la justicia de Dios; hasta las frases de la aparición de La Salette han de explicarse para evitar esa deformación. Dios es misericordioso, y lo es Jesús; la misericordia de María no es sino participación de la de Dios: nada de representar luchas a brazo partido entre Jesús justiciero y María intercesora, que, si tienen su explicación, la necesitan, sobre todo con niños.

b) Pero ese primer punto es solo propedéutico. Hay que insistir en el *dogma* que no es lo episódico, como arriba dijimos. Casi toda la doctrina sobre María, al menos en cierto grado, queda al alcance de la comprensión infantil. Pero ha de insistirse —y no dejarlo de lado porque otros capítulos son de más fácil exposición— en la Maternidad divina y en la Maternidad espiritual. La extensión o profundización en ambos dogmas será la que permita la edad; pero lo esencial es fácil de captar, y el comprender que de ahí deriva todo para María es de importancia capital.

c) ¡Afortunada edad la de la infancia para iniciarse en las *prácticas* de devoción mariana! Han de ser varias y variadas, para que el niño afirme ya sus pequeñas preferencias, y para que no haya peligro de monotonía. Pero que no sean demasiadas, ni menos aún apoyadas en la novedad de apariciones privadas o folletos propagandísticos...

El rosario, el escapulario, las tres avemarías, son ya tradicionales, recomendadas por la Iglesia y fáciles de practicar. A su lado, desde Fátima, tenemos la práctica de los cinco primeros sábados.

Pero anotemos que es corriente la presentación facilona y equivocada de tales prácticas: casi el motivo más importante para estimularlas es el de librarse del infierno. ¡Si, por gracia de Dios, el niño no tiene por qué temerlo tanto! Además, la «devoción» pierde así todo su contenido: se torna interesada, empedeñecida, mísera. La intención de evitar el infierno puede estar en la mente del catequista, experimentado y realista, que conoce lo que más tarde será la vida; pero al presentar al niño las prácticas de devoción, la idea de «tabla del naufragio» debe aparecer subordinada; devoción tiene que ser siempre, y ya desde ahora, entrega amorosa; y las prácticas de devoción, como las flores que se abren al calor del amor filial y de la admiración ilimitada.

(Hagamos ver al niño y luego al adolescente que estas prácticas han de hacerse más porque dan gusto a María que porque le gustan a uno: amor y devoción es eso.)

d) A cualquier edad se precisa lo que sigue, pero parece evidente la especial eficacia que posee en los años infantiles: el *ejemplo*. Del catequista, ante todo; la fe y devoción marianas se imprimen por contacto, más que con discursos. De los demás: las agrupaciones piadosas en forma de Congregación, en las que los mejores estimulan a los otros a competir en muestras de generosidad, son de valor incalculable. Para estimular a los más generosos a rivalizar, el año litúrgico, el mes de mayo, etc., ponen en manos del catequista unas palancas de excepcional eficacia, cuando se saben manejar.

Sobre las congregaciones piadosas valgan dos líneas para denunciar el peligro de todos conocido de que se conviertan en asociaciones deportivas o de diversión honesta, a base de sesiones de juegos, coronadas semanalmente por la sabatina protocolaria. Abrase la sala de juegos a todos los socios de ella, pero que la Congregación mariana —sin cuotas— abraza a los voluntarios que puedan ser modelo espoleador para sus compañeros: la devoción no debe imponerse, pero sí estimularse y favorecerse.

e) Dos observaciones antes de pasar al siguiente período. Las *advocaciones locales*, regionales, nacionales, de la Virgen se prestan mucho para infundir la devoción mariana (dígase esto con mayor razón de las visitas, o incluso peregrinaciones, a santuarios marianos).

Pero el catequista tiene que cuidar de que ni por un momento confunda el niño a María con cualquiera de tales advocaciones. Y que nunca llegue a concebir oposición entre dos imágenes, santuarios, títulos, etc., como sucede, por desgracia, incluso con adultos poco instruidos. El referirse a apariciones mundialmente conocidas en diferentes naciones, y la insistencia sobre la identidad de María pueden ser ilustrativos desde la primera hora.

Evítese, en fin, el cubrir la pobreza de doctrina con *lenguaje* hecho de superlativos, hipérboles, frases más o menos sentimentales... que más tarde podrá parecer vacío a los niños, y ya de momento hace a María etérea, artificial. Es demasiado alta y a la vez extremadamente cercana María para que necesitemos acudir a tales recursos; mayor estudio teológico lo hará innecesario. Y no nos dejemos arrastrar por el fácil éxito inmediato ante los niños, siempre sensibles ante cualquier forma de «teatro».

f) A medida que el niño crece, y los once años son ya edad para ello, María debe ser presentada dentro del plan completo de Dios. Los episodios, lo analítico, tiene que acompañarse con una visión de María en el *centro de la Historia Sagrada*, junto a Jesús Redentor. Así empezarán a comprender que María es nuestra Madre precisamente por su función junto a Cristo, por ser Madre de Jesús.

2. Consideremos ahora al adolescente.

a) Como *doctrina* debe desarrollarse ya ante el adolescente toda la mariología, aunque no se haga con el rigor de la teología. Ciertas verdades, hasta aquí solo esquematizadas, deben ampliarse: como la Corredención, las relaciones entre María y el Cuerpo Místico, y descubrir el puesto que María ocupa en la Historia de la Iglesia.

Resulta, por otra parte, de interés que se satisfaga el deseo del jovencito por descubrir las relaciones entre causas y efectos: incluso, en nuestro caso, es una ayuda por su parte. Ahora, pues, debe mostrarse la *unidad del misterio* de María: el adolescente tiene que ver con claridad que todos los privilegios de María son dones exigidos, o como preparación a su Maternidad plena, o como desbordamiento de ese don que constituye su ser sobrenatural. Hay que hacerles ver

que el ser de María ha sido elevado de una manera permanente al orden hipostático, y que su grandeza raya en los confines de la divinidad, según doctrina segura y lógica de los teólogos.

b) Esta presentación, además de estar a tono con el desarrollo de la inteligencia del adolescente, aporta a su *naciente personalidad* el pábulo que más le conviene para entregarse a María con verdadera devoción. María, así presentada, tiene que arrastrar su admiración y encender su entusiasmo. Y el catequista tiene que saber insistir en que María no es sino un ejemplo perfecto de la naturaleza humana: único, inalcanzable, pero símbolo de lo que Dios puede hacer a un hombre que siempre dice «fiat». De ese modo, María pasa a ser el *modelo ideal* —junto a Jesús, pero más cercano—, del joven. Sabe que es imposible reproducirlo, pero ve posible una copia de su sombra; idea que, a esa edad del entusiasmo, puede hacer vibrar toda su existencia.

Y a la vez que la presenta como modelo, cuida el catequista de hacer ver que María es *Madre* del adolescente. Explique lo más ampliamente que pueda el influjo actual y constante de María en su alma. Evitando quizá la discusión entre la causalidad física o moral de su intervención, hágale ver que toda gracia le llega por María, y que literalmente está nadando entre gracias marianas.

Pronto va a sentir necesidad de su apoyo, y así su mirada acudirá espontáneamente a la «*stella maris*», a la que puede llamar en su intimidad con el dulcísimo nombre de Madre (y aún de Mamá, si Dios y Ella se lo inspiran).

c) Llegamos así a un punto delicado para la adolescencia. A un estrecho en el que muchos catequistas encallan. El catequizando tiene que concebir a Dios y a María como son, no fabricárselos él a su medida, y menos aún que eso suceda con ayuda del catequista. Hay *moralismos* que nos hacen daño...

Se dan jóvenes que toman la devoción mariana —mejor dicho, ciertas prácticas de devoción— como un amuleto para sus dificultades morales. Esa masa de jóvenes tradicionalistas o indiferentes, y a veces los divididos o discontinuos (en vocabulario de Guittard) ven en María sobre todo cierto remedio como automático frente al pecado. No cuidan de evitar las ocasiones, pero con tres avemarías al acostarse, el escapulario al pecho y la Sagrada Comunión quizá los sábados (que ya es mucho), creen haber encontrado la fórmula contra el pecado. Y como así el pecado no se suprime..., viene luego la

duda, la decepción, el abandono de esas prácticas y de toda devoción; hasta de la fe, a veces².

O bien, y en la misma línea, la devoción mariana bien entendida es considerada a veces por el adolescente más bien como preservación del pecado: así la vida cristiana no pasa de negativismo. El aspecto negativo de la moral se convierte en el fin del dogma, en lugar de ser éste quien estimule a una vida enteramente de caridad.

Presentemos la verdad. Muchos serán aún los que reduzcan su vida a ese mínimo moralizante. Pero no seamos los catequistas quienes solo sepamos mostrar horizontes tan cercanos y limitados.

d) Es de simple lógica concluir que la práctica de devoción más propia a esta edad, la que más debemos estimular, es la *vida de imitación* de María. No más ni menos que ese «fiat» perpetuo, el «ecce ancilla», el «magnificat», el «stabat»..., que un joven puede entender y poner en práctica, sobre todo si sabemos presentárselo en oposición a cualquier «quietismo» destructor del entusiasmo o la iniciativa.

Y partiendo de las prácticas que trae desde la niñez, hemos de hacérselas evolucionar a formas más viriles. El rosario, por ejemplo, tiene que pasar a ser ahora meditado. ¡Fácil y eficaz escuela de meditación para adolescentes a quienes ha tocado vivir en un mundo que tiene entre sus notas constitutivas la de la superficialidad!

e) Los últimos años de la adolescencia traen al catequizando el *descubrimiento del amor*. Algo adelantado con la precocidad moderna quizá; pero si el Evangelio tiene también su palabra de vida para este momento, es fácil comprender que María ofrezca una circunstancia particular que beneficia al adolescente, sobre todo al varón.

Por más consejos que haya oído, el adolescente se adentra solo y por primera vez en el sendero nuevo de la experiencia del amor. Es normal que una de sus amigas se transforme de golpe en algo poético para él. El educador sabe que ese momento es eufórico y grandioso, pero también seriamente peligroso.

La figura de María, acercada a la imagen de todas las chicas que

² No olvidamos el estremecimiento que en cierta ocasión nos produjo la confesión de un antiguo alumno que confiaba en no condenarse —aún le quedaba un poco de fe— porque nunca se quitaba el escapulario, ni siquiera en los momentos de mayor licencia... Era lo único que le quedaba de varios años de escuela cristiana: aquellos ejemplos de salvación a última hora gracias a una práctica de devoción... No lamentamos que quedara ese rescoldo (al fin y al cabo también alimentaba en aquel momento nuestra misma esperanza), pero sí el que *sólo* quedara esto... y tan desfigurado.

cruzen su retina, puede ser manantial del respeto que regule el trato digno, la conversación risueña, la relación serena; incluso uno de los mejores estímulos que le inciten a conservar íntegro su cuerpo como homenaje a la desconocida que Dios le ha elegido por esposa...

Pero entiéndasenos bien. Hemos conocido catequistas que creen resolver muchas cosas transfiriendo de alguna manera el afecto de esta edad hacia la Santísima Virgen. La estampa de María «remplazaría» para algunos congregantes a la foto de la posible amiga... Nos parece seriamente equivocado. La fe no permite que nadie transfiera hacia María el afecto esponsal o similar (excepto el caso maravilloso de San José, que no era ninguna transferencia); María es *Madre* nuestra en el plan de Dios; no podemos ni debemos cambiarla. Y, por supuesto, su maternidad es mayor seguridad que cualquier otro título. Ella nos enseñará a amar, y a respetar, a conversar, a sonreír y a todo..., pero como Madre. No se trata, pues, de modificar el término de una tendencia del púber, la cual queda inmodificada (como tampoco se trata de cohibir esta tendencia normal), sino de que María guíe maternalmente el despertar incierto, indeciso, vacilante, del amor humano, que se abre camino en el adolescente hacia su término correcto.

Si el adolescente fuera aspirante a religioso, además de no trocar el término, hay que enseñarle a sublimar la tendencia misma por amor de Dios que le ha elegido a compartir su amor con exclusividad. Pero el amor filial a María no deberá confundirse ni con la tendencia en sí ni con la misma sublimada.

3. *Unas palabras sobre el joven.*

Tiene su fundamento no dar ya a la instrucción religiosa a esta edad el nombre de catequesis. Lo cierto es que en el tema que nos entretiene, como en otros, la presentación doctrinal debe tener ahora, a los dieciséis años, todo el rigor de la ciencia teológica. El joven que ha asimilado ya el hábito de juzgar y obrar como cristiano, necesita cada vez alimento más sólido para su vida de fe.

Hay ocasiones, no obstante, en que el educador, fuera ya de la lección sistemática de religión, va a querer acercarse al corazón del joven. Haría mal en volver a adoptar temas y, sobre todo, tonos que podían serle agradables solo cuando era adolescente. Ciertamente que la verdad eterna de que María es su Madre no puede perder actualidad en ningún momento de la vida. Acaso menos aquí, cuando los padres han perdido quizá la flexibilidad necesaria para comprenderle...

Pero hay otros temas que son elocuentes sobre todo a esta edad. María tipo del apóstol o tipo de la Iglesia, cuya representante fue mientras vivió en el mundo, son aspectos quizá poco explotados hasta este momento, y que pueden prender en el alma del joven fervoroso.

María es, además, el ser humano recto, el «patrón» que imitó el propio Jesús...; a esta edad, la integridad, la rectitud a lo humano, se estiman mucho, precisamente porque no abundan tanto en la realidad.

María es una llamada al silencio, a la soledad..., a enfrentarse consigo mismo y con Ella. Lo necesita el joven, y lo teme muchas veces. María, en fin, es el tipo de la fidelidad, de la paciencia, de la serenidad... en grado tan alto, que deja en el alma el deseo de la superación.

C) DOS FORMAS DE PRESENTACIÓN.

Hemos aludido a la explicación sistemática y a la reflexión ocasional. En efecto, tema tan importante, tan central, debe ser expuesto conforme a su categoría. Lo mismo que el tema de Dios, de Jesús, de la Iglesia.

María ocupa el centro de la catequesis en la medida en que lo ocupa el misterio de la salvación, el misterio de Cristo, del cual es indisoluble.

Por eso, además de la exposición sistemática, el catequista aludirá al tema mariano de manera *asistemática* —con más o menos extensión, según la discreción y hasta el método— cuando haya de tratar muchos otros temas con otro título: creación, paraíso, pecado original, figuras y profecías del Antiguo Testamento, Encarnación, Pasión, Pentecostés, Iglesia, liturgia, herejías y mil pasos de la Historia de la Iglesia.

Recuerdo, reflexión acaso, alusiones más bien, repaso quizá. Esta presentación ocasional es la que permite mantener el fuego de la devoción, ya que la lección sistemática es de por sí insuficiente para lograrlo, por lo que ahora diremos.

Cuanto a la presentación *sistemática*, reconozcamos que es más bien rara. Los programas la sitúan en ciertos años y en otros no. Hay que aprovechar una novena, o bien el mes de mayo; pero aunque se trate de una serie bien pensada de lecciones marianas, no sue-

le constituir la presentación total del misterio de María, sino algunos aspectos y ciertas intervenciones históricas...

Creemos que al menos en tres períodos de la vida escolar se impone la exposición sistemática completa del misterio de María. Podrían ser las edades mejores los nueve, los doce y los quince años. Y, en fin, la presentación teológica plena en los colegios mayores o en las Universidades, en uno cualquiera de los años de estudios superiores.

No es fácil. Sabemos que rara vez suele darse esta serie de lecciones sistemáticas que agotan el tema en extensión (en profundidad es inagotable). Donde el plan resultara imposible, véase la manera de insistir en las ideas centrales, y en ofrecer, aunque sea sintética, toda la mariología en visión unitaria, no despedazada, episódica, anecdótica. La devoción verdadera tiene mucho que ganar o que perder con ello.

Para ser más útiles con estas líneas, exponemos a continuación un modelo —no el único— de visión unitaria del misterio de María, que podría adoptarse con provecho, y al cual podría referirse el catequista siempre que circunstancialmente hable de María, sobre todo en sus catecismos globales.

Plan de Dios: Jesús primero en la mente del Creador
(Primogénito, Cabeza, Salvador, Redentor)
María, «ab aeterno» asociada a Jesús en su ser y actividad

MADRE DEL DIOS REDENTOR

<i>Predestinada</i> con Jesús		<i>Mediadora universal</i> ³
en gracia a Jesús		<i>Tipo de la Iglesia</i>
(inferior a Jesús)		<i>Madre espiritual</i> de los hombres:
Maternidad realizada:		— <i>Corredención</i> activa
<i>elevación intrínseca</i>		— <i>Intercesión</i> celeste
de su ser	— <i>Distribución</i> activa, universal	
Encarnación: <i>Madre</i>	y actual de las gracias	
de Dios	— <i>Madre de la Iglesia</i>	
<i>Orden hipostático</i>	<i>Reina</i>	
Consecuencia de su maternidad plena	}	: <i>llena de gracia</i>
Preparación a ella		
Modelo de sus hijos los hombres		
		<i>Santidad inicial</i> (virtudes, dones...)
		<i>Progreso en la gracia</i> (mérito, momentos culminantes)
		<i>Virginidad</i> (voluntad de virginidad)
		<i>Exención del pecado</i> (original, personal, concupiscencia)
Tránsito a su función maternal definitiva en el cielo:		<i>Muerte y Asunción</i> gloriosa.

³ Esta expresión, que es exacta, no significa aquí «dispensadora» de todas las gracias, idea que se expresa claramente más abajo; sino «intermediaria» entre Dios y los hombres, como los demás santos, aunque en grado

CONCLUSION

No nos ha parecido necesario recordar una serie de principios y aplicaciones que todos los lectores conocen ya. Pero sí hemos querido prestar un servicio a los catequistas —a riesgo consciente de parecer, y aun ser, a ratos reiterativos—: el de llamarlos a la reflexión; esto les será más útil que todas las ideas que preceden.

Parecerá que las directrices concretas según las edades han tenido en cuenta más bien a los *discípulos fervorosos*, lo que parece contradecir lo que afirmábamos en la introducción. Es cierta la observación, pero no creemos que haya sido falta de lógica interna. No creemos que estas directrices hayan de modificarse cuando se piense en muchachos divididos, tradicionalistas o indiferentes. Quizá se obtenga con ellos menos provecho (sería normal), pero no parece que otras normas permitan lograr mayores ventajas, al menos duraderas. En todo caso, ésa es nuestra sincera opinión. El tema de María y su calidad de Madre verdadera de las almas no puede presentarse a éstas con menos calor, ni con menos verdad. Luego ya se sabe que «quidquid recipitur...».

En el caso concreto, vea el catequista lo que más le pueda ser útil de cuanto hemos sugerido; acierte a combinar los principios con la realidad que le circunda; y encomiende a María el espiritual provecho. Eso será creer prácticamente en su inefable pero operante maternidad.

Y confíe. Sobre todo en nuestros días, en que si, por una parte, hay mayor necesidad que nunca de María, por otra es evidente que el Espíritu Santo hace ondear cada vez con mayor vigor el pabellón mariano en lo alto de la nave de la Iglesia, guiándola así hacia la nueva y victoriosa singladura que estos días se abre con el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Saturnino GALLEGO, F.S.C.

excepcional. Es un privilegio amplio pero poco concreto, al que las líneas siguientes van haciendo ganar intensidad. El lenguaje corriente confunde esta noción (para la que no hay otra palabra más precisa) con «Dispensación de todas las gracias» (verdad ésta que muchos teólogos llegan a afirmar que se realiza físicamente).

BIBLIOGRAFIA :

Omitiendo estudios generales de teología o de sicología, he aquí un mínimo de datos que completan las páginas que preceden:

1. Mariología extensa: ROSCHINI, *La Madre de Dios según la fe y la teología*, 2 vol. Apostolado de la Prensa. Madrid, 1958.
— ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen Santísima*, B. A. C., 8.
2. Documentos pontificios sobre María: MARÍN H., *Documentos marianos*, B. A. C., 128.
3. Mariología resumida y de lectura espiritual: GARCÍA GARCÉS N., *Títulos y grandezas de María*. Madrid (Coculsa), 1952.
4. Revista de estudios mariológicos: *Ephemerides Mariologicae*, trimestral (Buen Suceso, 22. Madrid).
5. Publicación periódica de estudios magníficos: *Estudios marianos*, anual, Sociedad Mariológica Española (Victor Pradera, 65, Madrid).
6. Datos múltiples sobre todo lo mariano: SPIAZZI, *Enciclopedia mariana* Stvdivm. Madrid, 1960.
7. Artículos o estudios que ayudan al catequista mariano:
— BURKE, *María y el hombre moderno*. Stvdivm. Madrid, 1958.
— CHARMOT, *Présence mariale*, Spes, 1938.
— *Catéchistes*, núm. 10 (1952), 16 (1953), 17 (1954), 33 (1958).
— *Lumen Vitae*, 1953, p. 285, 301, 307.
— U. F. E., 1954: *Marie dans notre mission*.